

De cómo las mnemotecnias desocultan los rostros del mundo

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE³

Es inevitable pensar que la estética, como disciplina filosófica, alcanza su configuración a expensas del proyecto moderno. Su posibilidad de estructurarse como una disciplina autónoma va de la mano de un arte que reclama independencia de su función social, y de la separación entre saberes inaugurada por la triple crítica kantiana. Sin embargo ha sido la renovada visión del siglo XX la que ha permitido pensar la estética más allá del encierro académico para trasladar a la base de la construcción del mundo. En otras palabras, el interés por el lenguaje o la recuperación de la materialidad, han proporcionado un equilibrio al tipo de estéticas idealistas que dominaron los primeros siglos del proyecto moderno y que no pensaban su papel sino al interior del mundo de la obra de arte.

Entre los aspectos que desarrolla la modernidad uno de los que ha comenzado a cobrar una fuerte relevancia en el territorio estético es el de la técnica. Minimizado a un trabajo artificioso o despreciado por el idealismo que se concentraba en comprender las formas

espirituales, la técnica quedó relegada a un segundo plano para pensar el modo de configuración de las obras de arte, de los artefactos culturales, de todo tipo de huella producida por la escritura humana. Es en manos de Heidegger donde se reconoce un primer acercamiento al papel de la técnica como sistema de organización de la naturaleza. Y es, en esta clave, donde se descubre que no es un procedimiento de tipo instrumental, sino, en esencia, el sistema de configuración de mundo. Este ensayo pretende ofrecer una mirada a este problema capital de la estética en la modernidad y que se distancia del tema restringido de la obra de arte. En otras palabras, desea explorar el territorio estético de una manera expandida, mostrar cómo lo estético, en la modernidad tardía, es constitutivo de las formas culturales, de la organización de la vida natural. Por ello se rastrearán estas pistas en dos textos: La filosofía de la técnica de la naturaleza del profesor Félix Duque y Leroi-gourhan: lo inorgánico organizado de Bernard Stigler.

Si pensásemos que es necesario encontrar un vínculo para cruzar la preocupación del profesor Félix Duque sobre cómo las formas estéticas son una función que, históricamente, se integran a

³ Comunicador Social y Periodista. Profesor Facultad de Comunicación Social y Periodismo Universidad de Manizales.

las obras que públicamente determinan lo social, con el trabajo de Stiegler, siguiendo la obra de Leroi-gourhan, sobre una nueva especie de materia inorgánica organizada, que permite la pervivencia del hombre a través de los artefactos que activan la memoria cultural, la idea de técnica como producción es bastante provocativa. Viene a mi mente, cuando se reconstruye el problema de la técnica, más allá de una instrumentalizada, de un hacer útil, la importancia que la obra de Marshall McLuhan da a las revoluciones tecnológicas como clave para leer la apropiación del mundo por la especie en diferentes estadios históricos. Su tesis principal es que el desarrollo humano está condicionado por las transformaciones técnicas que afectan el modo de actuar social.

Su obra, tachada de fetichista, por ser una apología a las mutaciones tecnológicas, no vacila en suponer que la producción de nuevas formas de construcción de realidad social, conlleva cambios en las prácticas culturales de la especie. Por ello, una revolución tecnológica como la escritura, perfectamente puede compren-

Y es que precisamente su tesis sobre un pensamiento abductivo, ya presente en la obra de Peirce, propicia un ataque a la lógica de las causas finales, supone que la productividad del mundo es el resultado del intercambio permanente entre la técnica y el hombre. Por ello, el lector al enfrentar objetos de otros períodos históricos hace su mundo cuando una técnica productiva lo determina, orienta su forma de configurar los espacios indómitos de la vida social, y al mismo tiempo crea las técnicas para performar nuevos territorios.

derse como el desarrollo de una técnica que permite habitar el mundo desde la fijación de la memoria en artefactos. De igual modo las revoluciones electrónicas transforman tangencialmente el problema del tiempo comprendido desde la objetividad de la física, a la virtualización que en las prácticas cotidianas es un vector inseparable del espacio. Es posible creer que la idea de Stiegler de una memoria epifilogenética subyace precisamente cuando el individuo pese a su muerte crea un relato que pervive en sus artefactos.

El trabajo del profesor Félix Duque no sólo tiene como nota común con el de Stiegler, el problema de la técnica y su relación recíproca con el hombre para fundar el mundo, sino que al igual que

dicho esfuerzo, se interesa por reconocer que la dimensión productiva permite visibilizar la problemática de la identidad estética humana. En un interesante trabajo sobre las figuras que históricamente marcan una época a partir de las formas estéticas, permite apreciar, por ejemplo, las estructuras políticas en las obras públicas. Un caso representativo es el de las catedrales que reprodu-

cen la esfera política del clero y, homológicamente, la de las monarquías de la época. El profesor Duque señala que pensar la organización del espacio es leer sus prácticas vivas, donde la gente acude al reciento a orar (la naturaleza de igual modo como modelo de orden) y no a la contemplación artística en el sentido propio de la modernidad, un museo para la visibilidad pura.

Pareciera querer sugerir que la técnica puede dar vida a los monumentos como espacios donde el hombre funda su mundo social y es, al mismo tiempo, determinado por estos nuevos símbolos espaciales. En ese sentido la idea del arte-función cobra vida en tanto la experiencia del objeto no está mediada por una calificación de sus atributos, sino por el tipo de rol que cumple en las prácticas humanas. La dimensión política que pone de relieve el profesor Duque, no es un compartimiento aislado a la experiencia estética, es mejor, en otra ruta, una expresión de la organización de los poderes medievales de una manera sensible a través de las formas piramidales.

Y es que precisamente su tesis sobre un pensamiento abductivo, ya presente en la obra de Peirce, propicia un ataque a la lógica de las causas finales, supone que la productividad del mundo es el resultado del intercambio permanente entre la técnica y el hombre. Por ello, el lector al enfrentar objetos de otros períodos históricos hace su mundo cuando una técnica productiva lo determina, orienta su forma de configurar los espacios indómitos de la vida social, y al mismo tiempo crea las técnicas para performar nuevos territorios. Stiegler propende por reco-

nocer el espacio cultural como fruto de la pura productividad del hombre que está arrojado-en-el-mundo. El trato procurante con los entes, que orienta el devenir del ser ahí, siguiendo a Heidegger, genera un originario proceso de donación de significado a las cosas que lo rodean. Dicha perspectiva escapa a la idea de naturalizar la experiencia de conocimiento del mundo, para reconocer que éste es fundado en ese trato productivo.

"La técnica, habiendo devenido una mnemotecnología y habiendo puesto en obra un proceso generalizado y mundial de industrialización de la memoria hace explotar hoy todos los marcos sociales, económicos, políticos, religiosos, estéticos e incluso vitales, todos los marcos del pensamiento con los cuales consideramos nuestra identidad de hombres, es decir de seres sociales y nuestro marco de vida en su globalidad"¹. Por ello, puede afirmarse que el trabajo de Stiegler bebe de diversas fuentes para reconocer que esta nueva memoria creada a través de la técnica y de los objetos que esta produce, se suma a las memorias de la especie y la existencia individual, y proporciona una nueva y paradójica respuesta a la pregunta antropológica por el sentido del hombre cuando señala que dicho sentido debe buscarse en la exterioridad de lo humano.

El occidente moderno se ha preocupado por privilegiar la introspección, metáfora del adentro, como el método para encontrar el sentido de lo humano; y ello

¹ STIEGLER, Bernard. *Leroi-Gourhan. Lo inorgánico organizado. En: Historia de la biología. Nro. 17. (Noviembre, 2001). Universidad Nacional sede Medellín. P.67.*

se percata en el sujeto trascendental kantiano o simplemente en el hombre dueño de una psique individual en las psicologías sociales, mientras la tesis de Stiegler busca al hombre en sus huellas. Aparentemente lo expelle hacia fuera, pero realmente trata de mostrar que ese afuera es el territorio donde el hombre se mueve como una gramma entres múltiples escrituras. No es gratuita su referencia a la gramatología de Derrida que además se rehúsa a fijar el sentido y lo extiende virtualmente, a través del lenguaje, e indefinidamente, en el libre juego de las huellas, en una cadena que niega la metafísica de la presencia en el mundo comprendido como escritura. Esta interesante idea del hombre definido en su exterioridad: "El hombre no

es hombre más que en la medida en que se pone fuera de sí, en sus prótesis (...) si se dice frecuentemente que el hombre ha inventado la técnica, sería quizás más exacto o en todo caso más legítimo decir que es la técnica, nuevo estadio de la historia de la vida, la que ha inventado al hombre"², apunta en la dirección de una filosofía del hombre como productor de su experiencia social, precisamente

2 *Ibid.* P.68.

por medio del juego abductivo, con la dimensión técnica que reconoce que el sujeto mismo es fundado por sus artefactos.

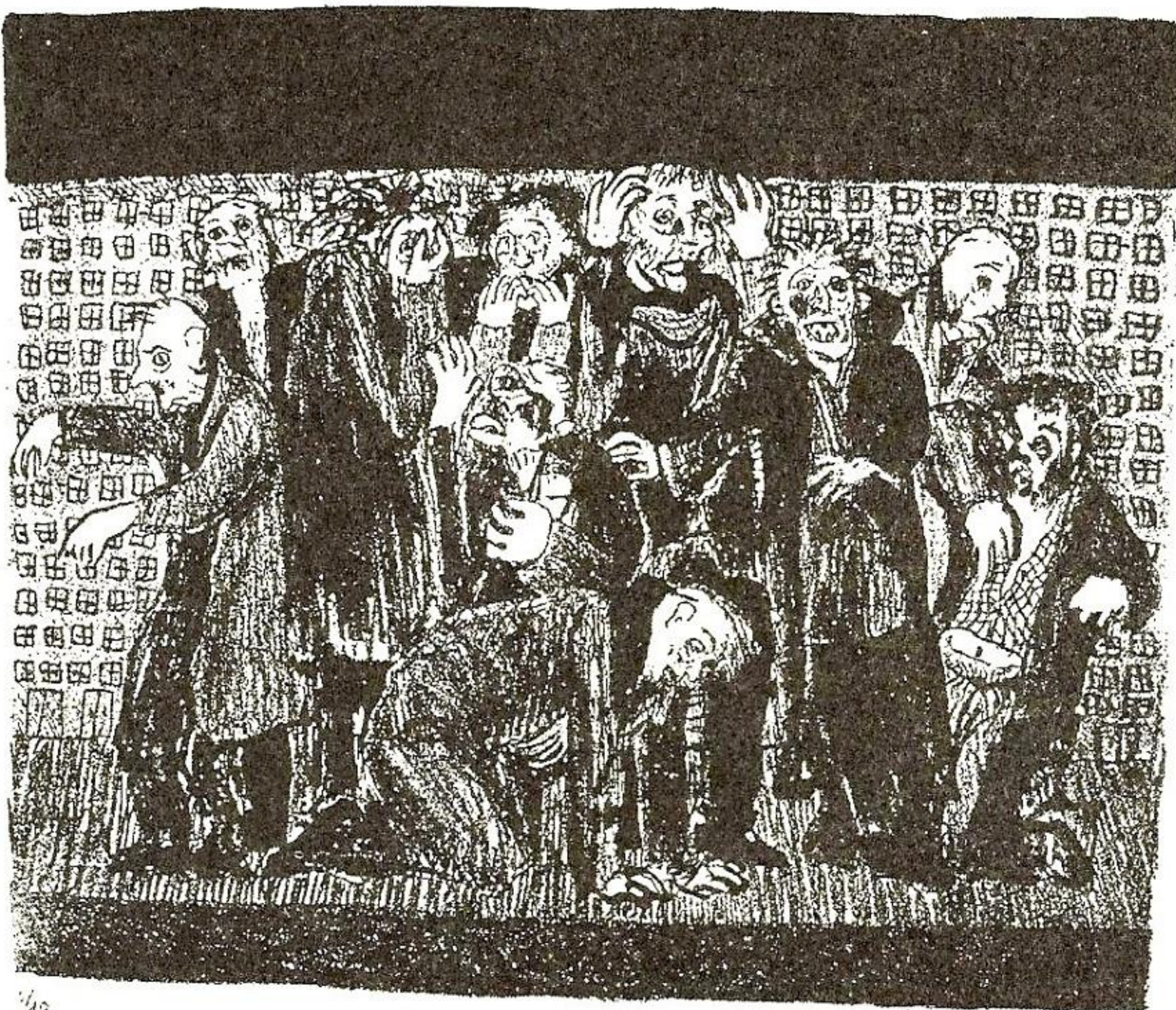
No es extraño que la reflexión política sobre la organización social de la ciudad esté atada a la técnica que produce objetos y determina nuevas memorias, sino que es, como señala el profesor Duque, un espacio fronterizo que trae nuevos instrumentos al interior de la ciudad, elementos que rompen el orden y crean

nuevas transformaciones sociales: "...la verdad es que el technites se halla ya en la periferia y por ello en contacto también con el exterior salvaje (...) sin esa periferia sería imposible la vida interior de la polis. Pero a su vez se introduce también en ella lo extraño y lo hostil"³.

Lo que quizás im-

plique esta revitalización de la técnica que domina el desarrollo del topos urbano, de esas expresiones sensibles con que el hombre organiza su experiencia, y esa construcción de una memoria a través de nuevos entes inorgánicos organizados, es la poiesis del hombre frente al mundo. Es decir su capacidad de crear nuevos modos de organización y de ser creado al

3 DUQUE, Félix. *Arte público y espacio político*. Madrid: Ediciones Akal, 2001. p. 22.



-THE CHILDREN OF LONDON III-

W. 78

mismo tiempo por dichos modos. Por eso la destrucción de las teorías representacionistas de la realidad queda implícitamente en estos trabajos. No hay un mundo erigido a semejanza de la naturaleza, ni siquiera una experiencia real reglada por el entendimiento, sino, mejor, un proceso poietico constante en el que el mundo es la relación concomitante entre hombre y tierra. Ese des-ocultamiento producido por la técnica, desoculta los rostros ocultos de lo humano que posiblemente cambien conforme las obras acentúan la productividad humana y el hombre como productividad.

Para terminar es importante advertir que pensar la estética desde la técnica

es, por una parte, rescatar su papel configurativo del mundo; lo estético esta a la base de toda configuración cultural, de toda organización material al interior del círculo social. Por otra, mostrar que no puede quedarse atrapada, como estaba a comienzos de la modernidad, en el idealismo que la relegaba a un simple sistema representativo de la naturaleza, o del pensamiento. Lo estético no opera como reflejo sino como producción, como poiesis. Y su norte no es el de la imitación de una idea previa, es por el contrario, el de la fijación exterior en una materialidad de un pensamiento que se hace evidente en la materia inorgánica organizada.